

Catecismo 1393 - 1395 LA EUCARISTÍA El banquete pascual

Los frutos de la comunión - I -

2008

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1393:

La comunión nos separa del pecado. El Cuerpo de Cristo que recibimos en la comunión es "entregado por nosotros", y la Sangre que bebemos es "derramada por muchos para el perdón de los pecados". Por eso la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados:

«Cada vez que lo recibimos, anunciamos la muerte del Señor (cf. 1 Co 11,26). Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos también el perdón de los pecados. Si cada vez que su Sangre es derramada, lo es para el perdón de los pecados, debo recibirle siempre, para que siempre me perdone los pecados. Yo que pecco siempre, debo tener siempre un remedio» (San Ambrosio, De sacramentis 4, 28).

En estos tres puntos se resalta la relación de la Eucaristía y la purificación del hombre.

La Eucaristía es un sacramento, que también tiene por finalidad purificarnos y presérvanos del pecado.

Esto nos puede sorprender, porque los sacramentos del perdón de los pecados son los de la penitencia y el del bautismo, y también el de la unción de enfermos.

Pero también el sacramento de la Eucaristía también tiene como finalidad la purificación de nuestros pecados; aunque sean nuestros pecados veniales.

Si comulgo la carne resucitada de Cristo, si estoy recibiendo, como prenda, las arras de lo que es el cielo, eso tiene que purificar en mi lo que *hay de hombre viejo*.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, estamos haciendo memoria de la muerte y resurrección de Cristo, redentoras. Actualizamos el sacrificio de Cristo.

Por eso decimos: **Anunciamos tu muerte proclamamos tu resurrección: ¡VEN SEÑOR JESUS!**

Actualizamos lo que es **la fuente del perdón de nuestros pecados.**

Acudir a la Eucaristía es como recoger todo el "fruto purificador que tiene la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Todos fuimos santificados, pero eso lo podemos decir desde el punto de vista "**objetivo santificador de Jesucristo**"; pero otra cosa es que nosotros vayamos abriéndonos a ese don de santificación; ese "abrirnos" no es instantáneo, sino que es progresivo; sino que nosotros necesitamos un tiempo de purificación para pasar del "hombre nuevo al hombre nuevo".

Es por eso que cada vez que no comulgo, y por supuesto en el sacramento de la confesión, poco a poco se va transformando en imagen de Cristo que Dios Padre ha soñado para nosotros.

En el texto de la consagración: "**Tomad y comed este es mi cuerpo que se entrega por vosotros... tomad y bebed esta es mi sangre derramada para el perdón de los pecados...**"; al recibirla nosotros con plena apertura de corazón en la Eucaristía, estamos haciendo que no se desperdicie la Sangre de Cristo, que tenga el fruto de purificación que tiene que tener en nosotros.

En los puntos anteriores -1391 y 92- decíamos que la finalidad primera de la comunión era "**acrecentar nuestra unión con Cristo, que crezca nuestra intimidad con Dios, que la comunión nos funden la intimidad con Dios**".

Pero hay que caer en cuenta de que es imposible crecer en esta intimidad al mismo tiempo que permanecemos en nuestros pecados. Porque son dos aspectos que son inversamente proporcionales: *cuanta más intimidad tienes con Dios más purificado y preservado estas de tus pecados.*

En Teología se ha hecho una doble distinción que es muy iluminadora. Y una de las distinciones que hizo el Concilio de Trento es que "**la Gracia de Cristo tiene una doble finalidad: elevante y sanante**". Evidentemente son dos caras de una misma moneda.

Además tampoco podemos decir cuál es antes y cuál es después; pero también es verdad que la Gracia tiene la condición de **elevarnos a la condición de hijos de Dios, al mismo tiempo que nos sana de nuestros pecados**; pero parece que lo lógico es que "primero es que uno se purifique de sus propios pecados, para entrar en la intimidad con Dios".

Pero la realidad es que Dios, primero nos ha amado, siendo pecadores y estando en nuestros pecados. Es que "**Dios te quiere no por que seas bueno, sino que Dios te quiere para hacerte santo**". *Teológicamente es primero el amor de Dios y precede a nuestra purificación.*

DIOS TE QUIERE COMO ERES.

Es el amor de Dios lo que nos capacita para la santidad. Además es "más ser elevado que ser sanado"; porque uno podría ser perdonado de sus pecado sin que con eso pretendiese ser hijo de Dios y tener intimidad con Dios: *Ser elevado supone ser perdonado, pero ser perdonado no supone ser elevado.* Entrar en la intimidad con Dios, ser su hijo, ser su hermano, ser su esposa de Cristo eso supone haber sido purificado de los pecados; peor que te perdonen los pecados no supone la intimidad con Dios.

El caso es que si nos cuesta tanto romper con nuestros pecados es que nos falta "*un amor fuerte*", que nos capacite para poder romper con el pecado.

No se trata tanto de una decisión voluntarista, sino que tengas un amor lo suficientemente intenso para poder romper la complicidad con el pecado.

Un amor tibio, una relación con Cristo mediocre, superficial... no romperá definitivamente con el pecado.

Cuando hacemos estas reflexiones teológicas, el referente más cercano que tenemos es la familia. En el orden humano pasa exactamente igual.

Se está diciendo que hoy en día, uno de los motivos del aumento de la delincuencia juvenil es que no hayan tenido un seno familiar con una familia estable, donde hayan sentido un amor incondicional, en un entorno ordenado.... etc.

Es difícil pedirle una rectitud moral a alguien que no la ha conocido. Cuando alguien es consciente de que es fruto del amor, que su vida es fruto del amor y que la finalidad de su vida es el amor, solamente entonces es capaz de dar lo mejor de sí mismo.

Al fin y al cabo, **el amor humano ha sido creado a imagen del amor divino**, es como un espejo. La relación con nuestros padres acaba siendo un espejo de nuestra relación con Dios.

Dice este punto:

Por eso la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados:

Son dos cosas: nos purifica y nos preserva.

Esto de "preservarnos del pecado", no es poca cosa; porque parece que tendemos a valorar más la purificación: valoramos mucho sentirnos limpios después de habernos sentidos manchados y sucios por el pecado, eso es lógico.

Pero también tenemos que valorar lo que es "**ser preservado del pecado**".

Es verdad que todos tenemos conciencia de la debilidad de nuestra carne, y al mismo tiempo nos damos cuenta que hay cosas que las hacemos bien y que nos cuesta hacerlas, algunas cosas por lo menos; y esas mismas cosas a otras personas le cuesta mucho.

Una determinada tentación; por ejemplo a alguien que le cueste mucho vivir sin drogas, a otro le puede costar mucho ser fiel a su esposa... etc. Y sin embargo otras personas están preservadas de estas tentaciones.

El porqué de esto puede tener muchas respuestas, pero uno de los factores importantes es la Gracia de Cristo. Cuando unos se acerca a beber de la fuente de la Gracia de Cristo, esto mismo le preserva de muchas tentaciones.

Esto nos tiene que llevar a ser muy misericordiosos con ciertos hermanos nuestros que les vemos caer en ciertos pecados que para nosotros, ni se nos ha pasado por la mente.

Es por eso que no podemos sentirnos orgullosos ni por encima de nadie, sino agradecidos a Dios que por pura Gracia y misericordia somos preservados.

Punto 1394:

Como el alimento corporal sirve para restaurar la pérdida de fuerzas, la Eucaristía fortalece la caridad que, en la vida cotidiana, tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada borra los pecados veniales (cf Concilio de Trento: DS 1638). Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en Él: «Porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio, pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestro propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo [...] y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios» (San Fulgencio de Ruspe, *Contra gesta Fabiani* 28, 17-19).

La afirmación primera es que la comunión nos perdona los pecados veniales.

¿De qué manera ocurre esto?

Podríamos pensar que es como un decreto divino, como si fuera una especie de recompensa por haber comulgado. NO podemos explicar esto así.

Lo cierto es que **comulgar fortalece la caridad, es un aumento de amor.**

Por esto precisamente no es lo mismo comulgar bien que comulgar mal. No es un acto mecánico.

Comulgar bien es "**amar más**", es el amor el que nos purifica. Es el amor de Dios el que nos purifica los pecados veniales.

Ese amor está dando calor a una amistad con Dios; porque el pecado venial no es más que un debilitamiento de esa amistad con Dios; por eso que un **Acto intenso de amor como es la Eucaristía**, lógicamente purifica los pecados veniales.

Dice San Fulgencio de Ruspe:

suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestro propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo [...] y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios.

Es un texto muy paulino, esto de estar "**crucificados para el mundo**".

Está haciendo referencia a que en nuestro horizonte hemos dejado de poner nuestra esperanza en la felicidad que podamos obtener del mundo y del pecado, en un mundo apartado de Dios.

Si estoy crucificado para el mundo; es como decir: "no voy a buscar en este "mundo" lo que no puede darme". Es verdad que el mundo me promete y me ofrece la felicidad, pero me está mintiendo porque no me puede dar lo que no tiene: me promete felicidad y solo puede darme un "instante de placer", unido a un vacío interior muy grande.

Cuando comulgamos se dice: "**Nos diste pan del cielo que contiene en si todo deleite**".

San Agustín dice: "**Nos hiciste, Señor para ti, y nuestro corazón esta inquieto hasta que no descanse en ti**". Esto lo podemos decir cada vez que comulguemos, que es como un adelanto del cielo, que será como la "**comunión plena en unión con Jesucristo**".

Punto 1395:

Por la misma caridad que enciende en nosotros, la Eucaristía nos *preserva de futuros pecados mortales*. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado mortal. La Eucaristía no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia.

Dice:

Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con Él por el pecado mortal.

Esto no quita para que nos tengamos sentir seguros. No sería correcto extraer de aquí la conclusión de sentirnos seguros.

Dice la Escritura: *El que se sienta seguro tenga cuidado de no caer*. Y en la "Padre nuestro" pedimos con mucha humildad: "*No nos dejes caer en tentación*".

NO es que Dios quiera que nadie peque, pero a veces el Señor permite que alguno se "pegue una buena torta", cayendo en alguna cosa que él se pensaba que estaba superada. Es una buena lección de humildad: no te creas que estar seguro de nada.

Más aun en nuestros días con la formad e vida tan desordenada, y hace que estemos cerca de los desórdenes morales, y esto nos tiene que hacer sentirnos muy humildes y nunca pensar que ya hemos superado etapas.

Dicho esto, es verdad que cuanto más encaminado este uno en la **vida de amistad con Jesucristo, y cuanto más connatural sea la unión Eucarística bien hecha, hecha con intimidad, con humildad, es verdad que estamos más preservados de muchos peligros.**

Ante los sacramentos no caben seguridades, sino más bien la actitud de sentirnos "**mendigos de la Gracia**". Es precisamente porque nos sentimos débiles necesitamos de la Gracia de Cristo a través de los sacramentos.

Y la realidad es que cuanto más unidos estamos a Cristo más preservados estamos de los pecados.

Termina este punto diciendo:

La Eucaristía no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia.

Cada sacramento tiene una finalidad específica, y por eso no podemos –ni debemos- utilizar un sacramento para otra finalidad distinta de la que le es propia.

Y el hecho de que esto sea así nos ayuda para caer en cuenta de que el don de Dios, aun siendo gratuito e inmerecido, requiere en el hombre una transformación, requiere que seamos conscientes de ello.

Y no seamos como aquel que había sido invitado a un banquete de una forma gratuita, y entro sin estar vestido de fiesta, y confundió lo que es ser invitado, de ir inconscientemente sin apreciar lo que era el banquete.

A veces confundimos la gratuidad con la inconsciencia o la superficialidad.

La Eucaristía esta engarzada en esta conciencia de continuo crecimiento en la santificación.

Lo dejamos aquí.